

El estatus social de los docentes

Iván Ortiz
Investigador

Entre los temas de la *Encuesta Cide 2008* a actores educativos, figura la percepción de los profesores y profesoras de su propio estatus en la sociedad. Después de analizar sus respuestas, queda una honda preocupación y al mismo tiempo un sentimiento de empatía con su lucha por mantener una identidad profesional positiva.

El 65% de los docentes percibe que, en el entorno que cada cual habita, su prestigio es superior al de profesionales de nivel técnico. Pero solo el 25% (especialmente los mayores de 50 años) cree que ese prestigio es superior al de profesionales de nivel medio, tales como enfermeras universitarias, ingenieros de ejecución o contadores auditores. En otras palabras, la gran mayoría de los docentes percibe que el prestigio de su profesión es igual –o menor– al de un profesional de nivel medio; y un tercio de ellos, aproximadamente, cree que es comparable al de un profesional técnico. No conocemos datos de años anteriores, por lo que es difícil evaluar si el prestigio de la profesión está en un proceso de pérdida, de ganancia o de estancamiento.

Esta visión de los docentes tendría una base objetiva que se asienta en los salarios que reciben, en comparación con los de otros profesionales. Sin embargo, la profesión docente es una de aquellas en que el capital cultural de sus miembros siempre ha sido más importante que su capital económico. Es decir, su prestigio se ha basado más en el *saber* que manejan que en los *bienes* materiales que poseen. De hecho, actualmente el 59% de los docentes percibe que son apreciados en su entorno social por su nivel cultural. Si bien se trata de la mayoría, no deja de ser llamativo que alrededor de un 40% esté en desacuerdo con tal percepción. La población general es hoy más escolarizada que antes, por lo que el capital cultural de los docentes no estaría haciendo una diferencia mayor con el resto. Esto explicaría que, entre los profesores de establecimientos particulares pagados, son menos los que perciben que son apreciados por su nivel cultural (48%), seguramente porque ese contexto concentra a gente con altos niveles de escolarización.

Nuestros docentes no se sienten valorados. La situación es preocupante, pues solo el 22% de ellos siente que la sociedad valora sinceramente la profesión docente; la gran mayoría siente lo contrario. Hay muchos significados y preguntas sobre esta percepción que quedan abiertos, imposibles de profundizar en una encuesta: ¿hay un discurso social de valoración de la profesión que no es sincero?, ¿no se valora a la profesión docente, o no se valora a aquellos que hoy la ejercen? Como si esto fuera poco, el 82% de los encuestados percibe que, desde la reforma, las propias autoridades nacionales del Ministerio de Educación no han valorado sinceramente su trabajo profesional.

Hay mucho de cierto en estas percepciones de los profesores. En los últimos años, la política pública ha mejorado las condiciones laborales de los docentes y ha tratado de fortalecer el contexto de su formación inicial, conciente de su importancia para el país. Pero su impacto en la valoración social de la profesión, a juzgar por los afectados, es dudoso. El país no puede permitirse una profesión docente sin prestigio social.

Pese a todo, la inmensa mayoría de los docentes declara sentirse satisfecha con su profesión. ¿De dónde, entonces, obtienen esta satisfacción? Para algunos puede ser el salario que reciben (un 32% declara sentirse satisfecho con él). Creo que para muchos de ellos las fuentes de satisfacción son más profundas: su conciencia de la relevancia nacional de la educación, y su participación en el crecimiento y progreso de tantos niños y jóvenes. O quizás la necesidad de no dejarse vencer por la desconfianza de los demás.